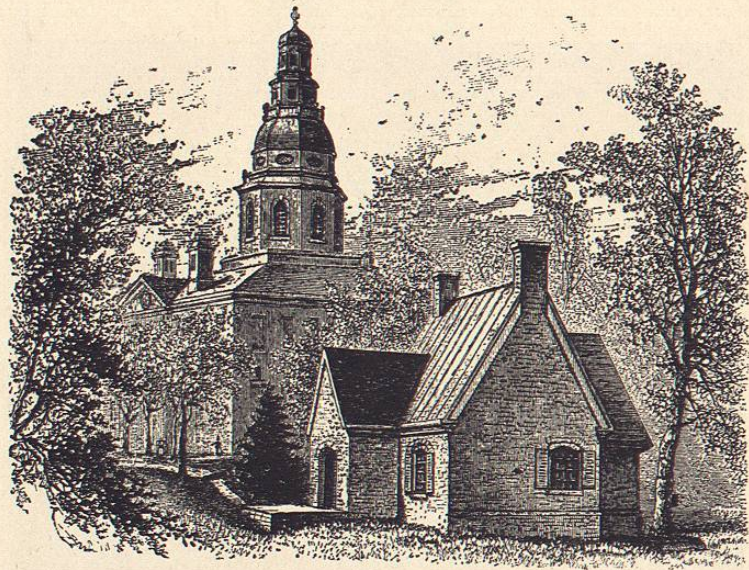


casos lo fueron; las coaliciones de los varios Estados europeos que para resistirle se formaron, no tuvieron nunca este carácter. Por lo contrario, las guerras de la Revolución eran meramente defensivas, los ejércitos de Coblenza se movían por el principio de intervención. En España mismo, los ingleses no intervinieron contra Napoleón, nos auxiliaron ó les auxiliamos; los franceses, en 1823, no auxiliaron á la Nación, sino á un partido, luego, pues, intervinieron. No se olvide, por tanto, esta notoria diferencia. ¿Puede deducirse de todo esto que América esté dispuesta á una guerra de principios ó de propaganda, ni que nosotros estemos por este medio de



El antiguo Capitolio de Anapol's

vención política, porque ni en los oprimidos ni en los opresores, en lo que van turnando aristócratas y demócratas, hay la suficiente convicción, la suficiente fe para aguardar y confiar en el triunfo pacífico de las ideas. El pueblo americano, antes de resonar el cañón en Lexington, le decía al pueblo inglés: «restableced el antiguo orden de cosas, volvednos al estado de antes de la guerra del Canadá, y renacerá la turbada armonía.»

En Europa, la política de las democracias, como la de las aristocracias, es la del «todo ó nada.» En política especulativa no hay otra ley que la de los principios; en política práctica no hay más ley que la de lo posible. Los políticos europeos son en su inmensa mayoría ideólogos; en América son prácticos, positivistas. Si el espíritu europeo hubiese dominado en América, los Estados-Unidos hubieran sacado su espada en favor de la emancipación de la

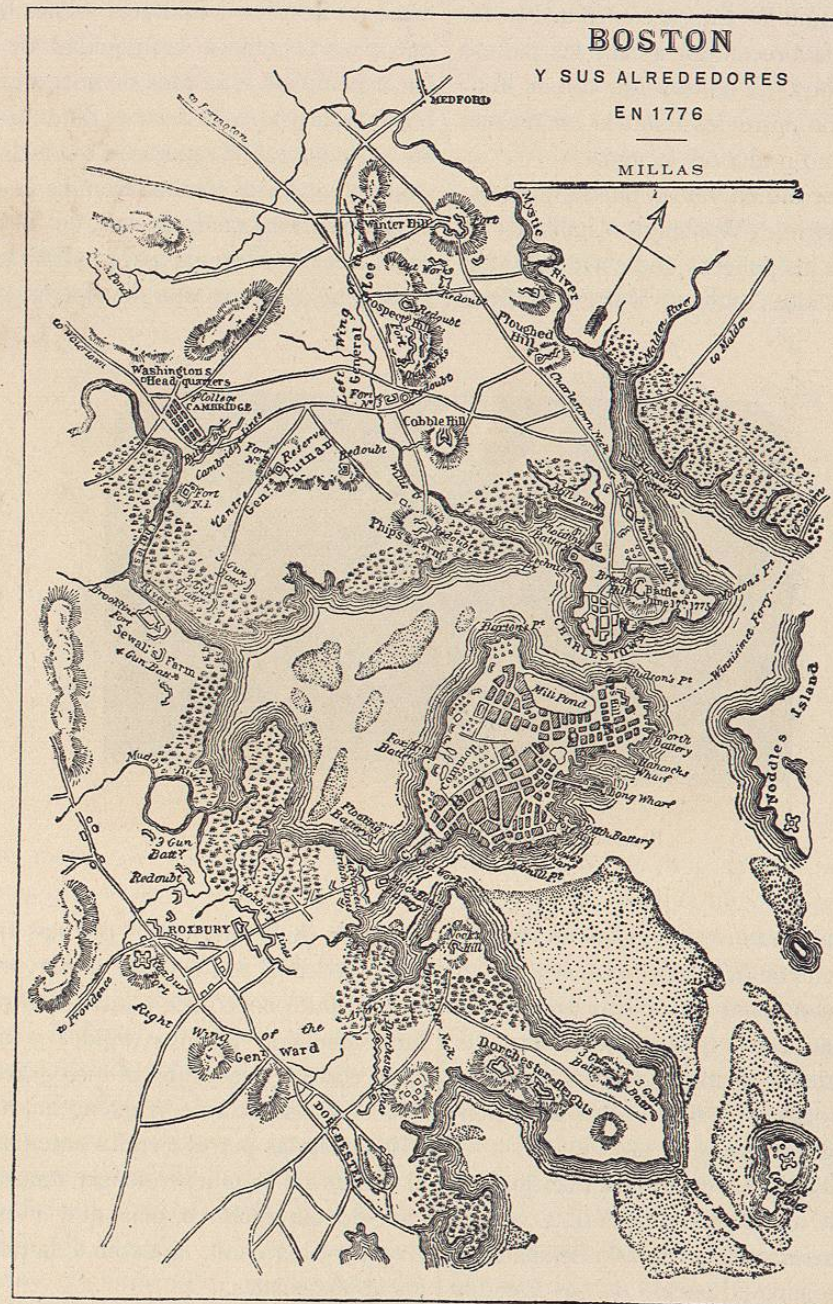
difundir las ideas? En Europa se cae fácilmente en el error de disculpar las guerras de principios; la violenta sacudida que á la sociedad europea dió la Revolución, puso frente á frente los intereses de los reyes y los intereses de los pueblos. No se ve posibilidad de concordia entre unos y otros; no hay transformación que venga á cimentar un nuevo modo de ser de la sociedad europea, sin perjuicio de uno ú otro de los contendientes. Las corrientes más elevadas de la democracia son arrastradas por las corrientes inferiores educadas en la escuela igualitaria francesa. De este estado de continua guerra, sorda unas veces, abierta y pública otras, nace la idea de inter-

América del Sud, en favor de las repúblicas del Pacífico en guerra con España en 1864, otro día en favor de los cubanos, pero esto no hubiera sido la verdadera política americana que pudiera resumirse también en esta máxima *saber esperar*. La historia del siglo XIX nos convencerá de los funestos resultados de la intemperancia ó de la impaciencia de los pueblos.

No disculpa, ni justifica, pues, la guerra de principios, el estado de hostilidad permanente en que se encontraban los intereses permanentes ó conservadores de la sociedad, con los intereses nuevos ó populares, por esta sencilla razón, tantas veces aducida por unos y otros, pero tan pronto olvidada, de que la fuerza nada funda que sea estable y permanente; que sólo el derecho da bases sólidas para una organización social, y que sólo arraiga en la opinión lo que en la opinión está, y porque es falso de todo

punto que una minoría pueda dominar é imponer la ley á la mayoría, aún cuando tenga aquélla la fuerza organizada por mucho tiempo, si la mayoría, fiel á su idea, persiste, y obra y trabaja un día y otro día en la realización de su idea.

Un pueblo que se cansa de trabajar en provecho propio, se parece al suicida á quien falta el ánimo necesario para resistir á las contrariedades de la vida. También pudiéramos decir que el pueblo que es incapaz de conquistar su libertad y autonomía



por sí solo, y pide para alcanzarla el apoyo del extranjero, se parece al que quiere vivir sin trabajar pidiendo prestado, se arruina y arruina al que le presta. Las armas de la democracia son las de la opinión y de la lucha legal. Los que quieran estudiar esta política que á los hombres fuertes de Europa parece sentimental y egoísta en el terreno de

la práctica, estudien en los Estados-Unidos la guerra separatista de 1860.

Orígnase la guerra para muchos con la presidencia de Buchanam; error. Las causas de la guerra de 1860 nacen, como ya hemos visto, con la organización de la república. Obra del patriotismo y de la prudencia se ha llamado á la de la Convención de



Filadelfia, y nada menos cierto; recuérdese sobre esto lo que dejamos dicho; recuérdese que los patriotas americanos, los verdaderos patriotas puestos en el caso de optar entre la esclavitud de los negros ó la de la patria, hicieron el doloroso sacrificio de incluir en la Constitución la cláusula que legalizaba la esclavitud. Mas como las transacciones no son fecundas sino cuando favorecen por igual á las partes, ó cuando ni una ni otra ha de transigir con su conciencia, la transacción entre los Estados esclavistas y los abolicionistas no podía ser fecunda.

Franklin toma por última vez la pluma para escribir contra la esclavitud; Washington habla en su último Manifiesto de los peligros que corre la Unión por la oposición de ideas entre el Norte y el Sud;



Puerto de Portsmouth en tiempo de la revolución

do conseguido moralmente el triunfo, los esclavistas les llamaron al terreno de las armas; obsérvese bien este hecho, que no son los abolicionistas los que disparan el primer cañonazo sino los esclavistas; los abolicionistas, herederos de los principios fecundos de la Unión, supieron, como sus abuelos ante Boston, tener razón y parecerlo.

Ahora bien, ¿podía darse una guerra más justa y necesaria que la de 1860? ¿Se conoce otra guerra de principios que tuviera más levantado fundamento moral? Pues cuando supo el pueblo de los Estados Unidos aguardar setenta años para resolver el conflicto que diariamente amenazaba la existencia de su nacionalidad, cuando obró con tanta parsimonia y cautela, no ha de extrañarse que en el momento crítico todo fuera decisión y entusiasmo. Los pueblos prudentes, como los individuos, calculan fríamente las ventajas y perjuicios que pueden ocurrirles al tomar una resolución extrema, pero una vez tomada llevan á ella toda la fuerza del convenci-

Jefferson teme por su patria cuando ve las cadenas del esclavo; el último de los federalistas, el último de los hombres de la generación de los fundadores de los Estados-Unidos que pudo ver á su patria unida y sin esclavos, le decía á Lincoln: «si no abolís la esclavitud vais á hacer del Norte América dos naciones hostiles y militares.» Pues bien, la guerra que puso término á la iniquidad de que se quería hacer cómplice á la idea democrática, estuvo incubándose, si así puede decirse, durante más de setenta años; setenta años esperaron los esclavos su redención; setenta años combatieron los abolicionistas con armas pacíficas, en la prensa, en la tribuna, en los clubs, en los meetings, para la liberación de los negros, y sólo se cansaron de esperar, cuando habien-

do de esta manera proceden son los que á mayores destinos se elevan, pues no corren nunca ni el peligro de deslumbrarse con triunfos rápidos y fugaces, ni tampoco el de la decepción al malograrse sus propósitos. La constancia de Washington, más que las batallas ganadas por el ejército americano, alcanzaron el triunfo de la independencia americana; la redención de los esclavos, más que á las victorias de Grant y Shermann, se debió á la perseverancia de los abolicionistas.

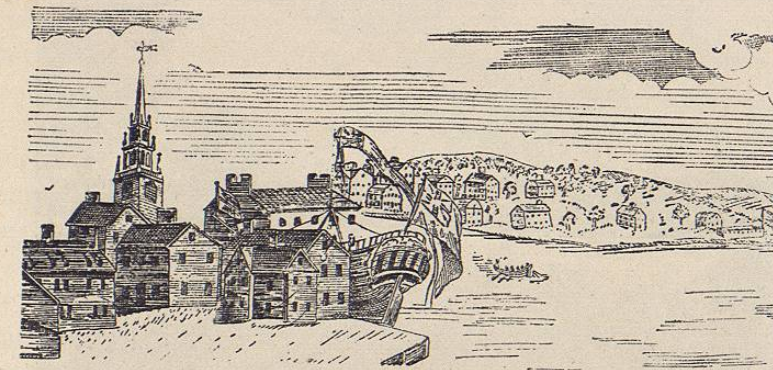
A estas cualidades de la política americana se ha dado el nombre de cualidades del pueblo sajón; Gerwinus les dió el nombre de cualidades germánicas; pero esto no es del todo exacto, como acabamos de ver; la prudencia, la constancia y la perseverancia en sus resoluciones arranca del mismo principio de su política. Un pueblo que se cree inspirado en sus resoluciones por la Providencia no puede proceder como un atolondrado, ha de tener siempre más con-

fianza en la fuerza de la razón que en la razón de la fuerza, ya que esa misma Providencia que se invoca á todos deja en libertad para obrar conforme á nuestra dignidad de hombres; á nadie obliga ni fuerza á determinadas inclinaciones.

¿Podemos ahora maravillarnos de la incontrastable fuerza que anima al pueblo americano? ¿Qué pueblo más adelantado en civilización, más rico en recuerdos históricos y en grandes tradiciones, en ciencias y artes, puede presentarnos con mayor claridad los fundamentos de su política? ¿Cuál es la idea política de Inglaterra? Nadie lo sabe. ¿Cuál es la idea política de Francia? ¿La revancha? ¿Qué idea política anima á Italia, á España, á Portugal, á Austria? Si algún pueblo de Europa puede compararse

al pueblo americano, es, sin duda alguna, el pueblo alemán; y sin embargo, el pueblo alemán no se mueve por idea alguna política, sino por la de la constitución de una Alemania en Europa. Los alemanes no quieren la unidad nacional para que sirva de vehículo á una idea más alta, á una idea que imprima carácter y tendencia ya en el pueblo alemán, ya en Europa entera. Dígalo, sino, el primer discurso de la corona pronunciado por el actual emperador al abrir en 21 de Mayo de 1871 las sesiones del primer Parlamento alemán:

«El espíritu,—dícese en él,—que vive en el pueblo alemán y compenetra su cultura y educación, como no menos la civilización, como no menos la constitución del imperio y de su ejército, preservan



Noroeste de Boston en tiempo de la revolución

á Alemania, en medio de sus victorias, de todo abuso de la fuerza que le de su unificación. El respeto que Alemania pretende para su propia independencia, lo tributa voluntariamente á la independencia de todos los demás Estados y pueblos débiles ó fuertes. La nueva Alemania, tal como ha salido de la prueba del fuego de esta guerra, será una garantía segura de la paz de Europa, porque es bastante fuerte é inteligente para reservarse el ordenamiento de sus propios asuntos como de herencia exclusiva, pero también suficiente y satisfactoria. ¿Que la restauración del imperio alemán sea para la Nación también al interior el emblema de la grandeza alemana! ¿Que á la guerra del imperio alemán que se ha hecho tan gloriosamente, siga una paz del imperio no menos gloriosa, encerrándose la tarea del pueblo alemán en mostrarse vencedor en el certamen por los bienes de la paz!»

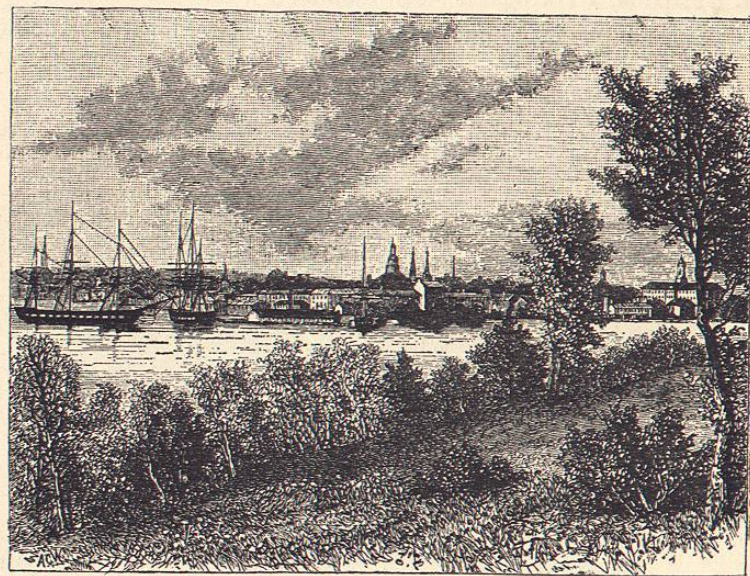
Así el imperio decía oficialmente al mundo civilizado, que Alemania sólo había reconstituido, ó mejor, constituido, su unidad para gozar de ella á manera como el avaro goza de sus tesoros. Alema-

nia, en medio de su grandeza, no ha sabido conservar la sangre fría que tuvieron los americanos en los días de su no menos grande y sorprendente triunfo. Alemania, como los Estados-Unidos, proclama en medio de su gloria militar, grande é inmensa, la política de no intervención. Por esto Europa no se ha coaligado contra el rey Guillermo de Prusia, como se coaligaba á principios de siglo contra Napoleon. Pero los americanos le dijeron á Europa y al mundo, que no sólo América había de ser de los americanos, de la misma manera que Alemania dice que la Alemania ha de ser para los alemanes, sino que se presentaron como el pueblo predestinado para abrir una nueva Era, mientras que Alemania, por boca de su primer emperador, se encierra en el egoísmo de su victoria y niega que tenga por qué preocuparse de nada que no sea exclusivo de los pueblos que cierran sus fronteras. En América la unidad nacional no era la sola y única aspiración del pueblo de las trece colonias; se aspiraba á la unidad de la patria, porque por ella se iba á la civilización, al cumplimiento de su misión providencial,



á la propagación y difusión de la libertad entre todos los hombres y para todos los pueblos. Por esto la unificación americana y la proclamación de la Constitución de 1787, desarrolla en el mundo civilizado corrientes irresistibles de libertad y democracia. La libertad que había emigrado á América con los puritanos, «al revolver sobre sus pasos,—dice Gervinius,—hizo en primer término la conquista de la más grande de las naciones católicas y latinas. Un mundo completamente nuevo se abre, pues, á su influencia. Y de la misma manera que antes había sido el despotismo oriental la primera causa de

las instituciones absolutistas de Europa, de la misma manera la democracia, al llegar al poder en Occidente, principia desde aquel momento á producir sus efectos en la dirección opuesta.» ¿Qué efectos ha producido la restauración del imperio alemán? A lo sumo una restauración del militarismo. Si Göthe, Wieland, Schiller, etc., hubiesen presentido siquiera esta restauración, de seguro que no habrían alimentado el patriotismo alemán, y hecho inevitable la reconstrucción de la patria alemana. No hay, pues, una política alemana, no hay, por consiguiente, en los días de su hegemonía una política euro-



Vista general de Anapolis

pea, en tanto existe desde 1787 una política americana, á la que prestan atención las democracias europeas, lo mismo Francia en 1871, que España en 1873. Podemos, pues, desde ahora asegurar que Europa no tendrá política sino el día del triunfo de la democracia.

En fin, Alemania no afirma más que un principio, el de su superioridad sobre Francia, ya que la hemos visto retroceder ante la exaltación patriótica de España, como si Francia fuera el mundo entero. Las condiciones políticas del pueblo alemán pueden engañar á los que superficialmente juzgan los asuntos políticos; así podían creer que la lucha que el imperio había emprendido contra el ultramontanismo era el principio de la política alemana, pero la reciente querrela con España y el arbitraje del papa León XIII nos dicen que no nos equivocábamos cuando en 1876 escribíamos «que según nuestro modo de ver

los católicos desempeñan en Alemania el mismo papel que los antifederalistas desempeñaron en América; que no son más que los representantes de las soberanías liliputenses del poli-politismo ó del micro-politismo, como dice Scherer en sus *Veinte siglos de historia alemana*, que han sobrevivido en Alemania á la destrucción del feudalismo en Europa. Si no hubiera más política que la de los intereses, si los pueblos no se movieran más que por la máxima de lo «cómodo» y de lo «incómodo» no habría política nacional ni progreso. Una política sin ideal, es como un callejón sin salida; podrá ser éste más ó menos largo, y por consiguiente podremos hacernos la ilusión que vamos á nuestro destino, pero pronto ó tarde llegamos al final, y entonces será necesario deshacer el camino y emprender por otro nuevo.»

El pueblo americano en su lucha con Inglaterra combate por su independencia, pero también como

decía Washington, «para tener un teatro donde desplegar toda la grandeza humana,» lucha por su unidad, pero también como decía Maddison, «para salvar el precioso depósito de todas las libertades que Dios había puesto en manos del pueblo americano.» Hay, pues, en la política americana una idea superior, un principio ideal que se manifiesta en los primeros días de la colonización, y cuyo principio se ha continuado afirmando hasta nuestros días.

En 30 de Setiembre de 1875 decía el presidente Grant á una sociedad militar de Tennessee:

«Si en un próximo porvenir tuviéramos algunas dificultades, no será la línea de Mason y de Dixon la que nos separara, sino una línea trazada entre el patriotismo y la inteligencia de una parte, y la superstición, la ambición y la ignorancia de otra.

»Trabajemos para la seguridad del pensamiento libre, de la palabra libre, de la prensa libre, de las costumbres puras, de los sentimientos religiosos independientes de todo fanatismo, de la igualdad de derechos y privilegios de todos los hombres sin distinción de nacionalidad, de color y religión, fomentemos las escuelas libres, hagamos de modo que ni un solo dollar vaya á ayudar las escuelas sectarias; abandonemos la enseñanza religiosa al altar de la familia, y dejemos á la Iglesia y el Estado separados para siempre.»

Así hablan en América los grandes generales á las sociedades militares. ¡Feliz la tierra que no ha conocido el militarismo, y cuyos ciudadanos saben ser soldados cuando la necesidad lo exige! El lenguaje del sucesor de Lincoln causa asombro en esta Europa donde los generales disuelven parlamentos, y restauran dinastías. Cuando los generales europeos hablen como lo hacía el vencedor de Lee, tal vez Europa tenga una política propia; entre tanto nosotros hemos de decir que los sucesores de Grant hablan todos el mismo lenguaje, y que el pueblo americano hoy como en los días de la guerra de Independencia, se considera ejecutor de los altos designos de la Providencia.

Ora, es, pues, el sucesor de Grant, Hayes, quien en su mensaje presidencial dice que la emancipación de los negros fué, «una medida sabia justa y hasta providencial, como lo reconoce generalmente el país,» ora es otro general, el general Garfield á quien el puñal de un loco había de arrebatarse á su patria quien dice que:—«Cuando doscientos cincuenta mil valientes pasaron desde el campo del honor, á través del diáfano cielo, á la presencia de Dios, y cuando después el Presidente mártir se reunió con los difuntos héroes de la república, la nación estuvo tan cerca del cielo, que los hijos de los hombres oyeron las palabras de Dios;» ora por último es el actual presidente Grover Cleveland quien en su mensaje presidencial del 4 de Marzo, la gran fecha histórica de los Estados-Unidos, y del año próximo pasado—1885—decía textualmente lo siguiente:

«El genio de nuestras instituciones, las necesidades del pueblo en la vida doméstica, y el celo que se requiere para establecer y desarrollar los recursos de nuestro vasto territorio, nos obligan á evitar escrupulosamente toda desviación de esa política extranjera recomendada por la historia, por las tradiciones y la prosperidad de nuestra república. En la política de la independencia, favorecida por nuestra posición, defendida por nuestro reconocido amor á la justicia, y por nuestro poder; es la política de paz que conviene á los intereses del país, es la política de neutralidad, que rechaza toda participación en las especulaciones extranjeras, y que no tiene miras ambiciosas sobre otros continentes; es, en fin, la política de Monroe, de Washington y de Jefferson.

»Sin confiar sólo en los esfuerzos humanos, reconozcamos humildemente el poder y la bondad de un Dios Todopoderoso que preside los destinos de las naciones, y que siempre se ha revelado en la historia de nuestro país. Interroguémosle y pidámosle su auxilio en nuestros trabajos.»



Diligencia de Filadelfia, en 1780